

UN MUNDO DE RUIDOS, MILLONES DE OPORTUNIDADES PARA EL SILENCIO. LA EXPERIENCIA DE LOS JÓVENES

María Isabel GARCÍA MORENO

1. De presentaciones y contextos

Muy buenas, queridos lectores.

Soy M^a. Isabel García Moreno, más conocida entre los miembros de mi gran y hermosa familia agustina recoleta como Isa. Actualmente ejerzo el cargo de coordinadora nacional de la JAR en España (zona sur) y soy miembro partícipe de dos comunidades de jóvenes JAR. En pocas palabras, soy una joven cristiana más, dispuesta a dejarse moldear por las manos de Dios. Acaso... ¿hay algo más hermoso que eso?

El motivo por el que estoy aquí, haciéndome presente a través de estas humildes líneas, es para intentar dar vida a un importante tema que se me encomendó hace algún tiempo: «La interioridad en un mundo plagado de ruidos (en lo que a los jóvenes se refiere)». «¡Menuda responsabilidad, ya que confían mis hermanos en mí!». (Esto fue lo primero que pensé, para ser sinceros). Pero bueno, aquí estoy, llena de ilusión, con una gran sonrisa y ... deseando empezar.

Abordaré el tema desde un prisma totalmente personal, experiencial, y de forma muy sencilla y comprensible. Aun así, si no lo consigo hacer, ya de antemano os pido disculpas.

Si me lo permitís, antes de empezar, me pongo en las manos de Dios para que sepa ser instrumento de fe para todos mis hermanos y me ayude a plasmar en este papel en blanco aquello que habita en lo más profundo de mi ser (momento de silencio para encontrarme con Dios).

¡Ya estoy aquí de nuevo! Después de este ratito de silencio, y con la ayuda de «El de arriba» (que es un grande), nada puede ir mal. ¿No creéis?

En primer lugar, debemos preguntarnos qué entendemos los jóvenes de hoy en día por interioridad. Podríamos buscar en un diccionario o en Google (para ser más modernos) el significado de esa palabra, pero ... ¡no se trata de buscar una definición formal y correcta, sino de buscar un sentido fiel y auténtico!

Para mí, como joven cristiana, la interioridad es el encuentro vivo con Dios. Es cierto que cada persona que nos cruzamos en la vida es pieza de ese puzzle

que configura el rostro de Dios, y que cada una de esas personas es necesaria en nuestras vidas (incluso cuando no somos capaces de verlo así). Pero, a veces, Dios desea 'locamente' de ese encuentro personal e individual con cada uno de nosotros. Y digo 'locamente', porque es un 'loco enamorado' de cada uno de nosotros.

La interioridad, ese encuentro con Dios, no resulta fácil. Supone estar en silencio y ser capaz de escuchar la voz del Padre; mostrarle nuestros miedos, temores, errores, debilidades... En definitiva, nuestro ser.

Sin embargo, son muchos los ruidos que nos impiden disfrutar de ese silencio pleno y total (la moda, la televisión, las nuevas tecnologías, los caminos que marca la sociedad, el simple «tiririri» de un mensaje de whatsapp, etc.). Pero... Dios es paciente y sabe esperar esa cita con cada uno de nosotros.

Para que ese encuentro sea fructífero, debe ser deseado por ambas partes. Es evidente que él lo desea. Así que solo falta el deseo de nuestra parte. ¿A qué esperamos?

En segundo lugar, cabe preguntarse quién puede ser capaz de conseguir este encuentro con Dios. Pues bien, la respuesta resulta bien sencilla: tú, yo, todos, ¡sin excepción! Basta con desearlo y abrir, no tus oídos, sino tu alma y corazón a la Palabra de Dios.

Para Él cada uno de nuestros pensamientos es un tesoro de inigualable valor. Acoge con cariño todo cuanto deseas poner en sus manos y, por supuesto, te habla. El pobre debe estar ya afónico, porque su voz no es una voz susurrante o débil, sino fuerte y profunda. Te grita que te ama cada día de mil maneras diferentes, pero el problema no es el tono ni la intensidad de su voz, sino la densidad de nuestra sordera interna.

Ahora bien, también es importante señalar que interioridad no es solo sinónimo de oración. Es cierto que la interioridad incluye dicho aspecto, pero ... ¡no lo agota como vía única y exclusiva! Interioridad es una realidad que engloba mucho más. Su significado es mucho más amplio que simplemente oración. Interioridad conlleva la capacidad de encontrar a Dios en todo cuanto emprendes o haces.

Tras estas palabras, a modo de introducción, toca poner de relieve algunos de esos ruidos que se hacen presentes en nuestro día a día. Para una más sencilla exposición, los enumeraré y hablaré un poquito de cada uno de ellos. Espero que os guste.

2. El ruido de las nuevas tecnologías

a) *De móviles, tablets y otras cosas*

Empezaremos con una sencilla pregunta: ¿Quién de nosotros no dispone de teléfono móvil o de ordenador? Estas herramientas (a las que muchos califican ‘de trabajo’ y ‘muy útil’) están sustituyendo al fascinante mundo de la comunicación verbal y de la capacidad de escucha a una velocidad de vértigo. Como he señalado anteriormente, si cada una de las personas de este mundo es obra de Dios, ¿por qué perdemos la oportunidad de hablar y comunicarnos cara a cara con cada una de sus creaciones?

Aplicaciones tan sencillas de utilizar como whatsApp (conocida en todo el mundo), es un continuo ruido en nuestro hacer diario. Se ha convertido en una necesidad para todo ser humano.

Como joven, observo los estragos de estos medios de comunicación. Cuando voy en el bus o sencillamente caminando por la calle, es raro observar a una sola persona que no esté utilizando un móvil o una tablet. Cualquier minuto es bueno para chatear o adelantar trabajo. Mas mi pregunta va más allá: ¿Por qué no somos capaces de «chatear» con Dios y dedicar esos minutos para adelantar trabajo en lo que a nuestra alma y fe se refiere?

Es cierto que Dios no dispone de un teléfono móvil ni de otro medio electrónico. Sin embargo, sus mensajes son continuos y sonoros. Aun así, optamos por el camino más fácil: apagar el móvil de nuestra vida y responder con un sencillo: «El teléfono al que llamo no está disponible en este momento. Por favor, deje su mensaje tras escuchar la señal. Gracias».

Todos y cada uno de nosotros nos pasamos la vida colgando fotos en redes sociales, como Facebook, y haciendo partícipes a todo el mundo de nuestra vida (incluso a los amigos de los amigos de nuestros amigos). Pero, ¿y a Dios?, ¿lo hacemos partícipe de nuestra vida? Debemos ser más observadores, pues la mayoría de los «me gusta» o «comentarios» que hay en tu vida son de «El de arriba».

Quizás no sean visibles a los ojos de los demás; pero, si eres capaz de verlos, algún día tus amigos (y los amigos de tus amigos) también se unirán a ese «me gusta» de Dios y comenzarán a seguirle.

No se trata de inutilizar estas nuevas tecnologías, pues hay que reconocer que tienen muchos aspectos positivos (especialmente a en los ámbitos informativo, social y cultural). Se trata sencillamente de incluir a Dios en todo cuanto hago. La oración más hermosa del mundo es llevar a Dios en cada uno de tus proyectos (por sencillos que sean).

3. El fantástico mundo de la ‘caja boba’

La televisión es otro de esos ruidos que continuamente nos persiguen. Hoy día tenemos cientos de canales televisivos para entretenernos. Todos ellos ofrecen series, películas, programas, reality shows, millones y millones de anuncios que te incitan a consumir (desde un sencillo detergente anunciado por una mujer del futuro hasta el coche que es capaz de hacerte sentir que vuelas). Y así podríamos seguir con un largo etc.

Lo único que realmente le importa a la televisión es ver qué cadena tiene el mayor índice de audiencia. Desgraciadamente, cuanto peor es la calidad de lo ofrecido, mayor es el número de televidentes.

La televisión trata de ofrecernos mucha información a corto plazo. De esta forma, nuestra mente se mantiene ocupada pensando en miles de ‘tonterías’ y olvidando las cosas que realmente son fundamentales en nuestras vidas.

Dios no tiene un canal de televisión propio, pero sí puedes darle al botón ‘Off’ de tu mando a distancia terreno y pulsar el botón ‘On’ del diálogo con Dios (la interioridad). Quizás su índice de audiencia no sea noticia de última hora en los medios informativos ni motivo de portada de las grandes revistas, pero es esencial para cada una de nuestras vidas. La información que Dios nos ofrece es de una calidad inmejorable. Solo nos pide que seamos capaces de dedicar tiempo a cada palabra, a cada gesto... De este modo seremos capaces de escucharle desde el silencio.

4. El consumismo y la moda

Hoy día tenemos millones de productos donde elegir. Basta con salir a la calle y comprobar la cantidad de tiendas que existen. La cultura de ‘lo compraré cuando realmente lo necesite o me haga falta’ se ha perdido por completo, imperando en la actualidad comentarios como ‘lo necesito y lo deseo’, ‘es primordial para mi vida y para sentirme bien conmigo mismo’, ‘Fulanito o Menganito lo tienen, yo no puedo ser menos’...

Basamos nuestra felicidad en cosas pequeñas y efímeras que desaparecen en cuestión de segundos: tener el mejor perfume, la joya más bonita, el mejor coche, la mejor casa, el mejor cuerpo, ropa de firma, cremas que prometen hacer desaparecer esas primeras arrugas y quitarte diez años de encima ...

A veces, ante este ritmo vertiginoso, me paro a pensar: ¿Qué está pasando, Dios mío? ¿En qué fallamos? ¿Por qué para los jóvenes de mi edad es mucho

más importante que cualquier cosa cultivar el cuerpo para sentirse más seguros de sí mismos? Y nuestro espíritu, ¿quién lo cuida? La sociedad nos incita a vivir el momento aquí y ahora y, si eso conlleva renunciar a nuestra esencia, pues... renunciamos. Lo importante es ir a la moda.

Reconozco que me produce inevitable tristeza contemplar los caminos que a veces tomamos sencillamente porque, en ese camino, ya hay huellas y tenemos la certeza de que alguien ya ha pasado. En una primera impresión parecen caminos más sencillos de tomar, pues la vía ya está allanada. Sin embargo, no siempre los caminos con signos evidentes de paso son los mejores.

Dios espera algo diferente de nosotros como, por ejemplo, potenciar nuestra personalidad (de la que nos dotó para hacernos únicos, inigualables e irrepetibles) y fomentar ese inmenso amor que sentimos por Él y por cada una de sus obras. Para ello, a veces es necesario tomar aquellos caminos que visiblemente no tienen huella, pero que, sin embargo, marcan tu corazón para siempre.

Muchas veces tendemos a engalanar nuestro cuerpo con mucha y variada ropa, y a cuidarlo de forma exagerada y obsesiva (sometiéndonos a sesiones de gimnasio eternas bajo el lema 'para estar bella/o hay que sufrir'). Vivimos sometidos a unos cánones de belleza que nada tienen que ver con los cánones de Dios. Cuidar nuestro cuerpo es importante, pero igual de importante debe ser valorarlo, admirarlo y, sobre todo, amarlo (pues eres obra de Dios hecha a su imagen y semejanza).

Por otro lado, cuando en este procedimiento de cuidado exhaustivo de nuestro cuerpo se olvida la dimensión espiritual de la persona, nuestra belleza es débil y superficial. Debemos ser capaces de cuidar de nuestro cuerpo y nuestro espíritu, ya que la persona toda es el templo más sagrado de Dios.

Existe un refrán muy agustiniano y muy típico que dice: «No es más rico quien más tiene, sino quien menos necesita». Pero no nos lo creemos. Pues bien, si me lo permitís, quisiera crear mi propio refrán y exclamar: «No es más rico quien más tiene, sino quien es capaz de encontrar a Dios en su corazón y amarlo eternamente».

San Agustín era un buscador incesante de la verdad, del verdadero «yo». Para ello buscaba continuamente en su interior. Era precisamente ahí donde podía encontrar las respuestas a sus preguntas, dudas e incertidumbres. Hoy en día, los jóvenes tendemos a buscar respuestas fuera de nuestro ser y a focalizar nuestra búsqueda en el exterior. La cultura de lo fácil impera sobre la cultura del esfuerzo que, en definitiva, es la cultura del verdadero encuentro con Dios.

5. El individualismo y la falta de empatía

Llegados a este punto, no puedo evitar recordar las palabras de mi abuela cuando decía: «Vuestra generación no ha descubierto el sentido pleno de la palabra felicidad. Nosotros, en épocas de guerras y sin tener ni siquiera alimento, éramos mucho más felices que vosotros. Teníamos a Dios en nuestras vidas y todos los hermanos tratábamos de ayudarnos». ¡Qué sabias son las palabras de nuestros mayores! ¿Verdad? Mi abuela apenas sabía leer ni escribir. Sin embargo, contaba con la cultura de la fe y del encuentro vivo con Dios. Sin lugar a dudas, ¡hermosa titulación de vida!

Hoy en día, nuestra sociedad está repleta de pequeños ruidos que nos hacen encerrarnos en nosotros mismos, sin ser capaces de fomentar aspectos tan importantes como la empatía, la capacidad de sentir lo que nuestro hermano siente. Algunos de esos ruidos incluso hasta pueden resultar agradables a nuestros oídos, pero no dejan de ser ruidos.

En muchas ocasiones el ruido que los demás encuentran en su corazón necesita ser calmado por nuestro silencio. ¿A qué esperamos? Compartir con los hermanos también es signo evidente de interioridad.

El verdadero problema no radica en estar en casa y escuchar los ruidos que produce nuestro vecino de arriba cuando limpia su casa, ni en estar en la calle y escuchar los motores de los coches o el continuo murmullo de la gente. El verdadero problema va mucho más allá. A veces (la mayoría), cuando estamos en silencio, nosotros mismos nos encargamos de buscar cualquier insignificante ruido (como, por ejemplo, el simple «shshshshsh» de un mosquito) para tratar de desviar la atención del alma, evitando así ese encuentro con Dios.

Muchos de nosotros tratamos de insonorizar nuestros hogares o lugares de estudio/trabajo para evitar ser molestados por el ruido externo. Pero ... ¿se trata realmente de un problema de ruido externo o interno?; ¿se trata sencillamente de eso o realmente buscamos solo y exclusivamente no salir de nuestro entorno?

Podríamos tener las mejores medidas de insonorización, ventanas de doble acristalamiento, tapones en los oídos... y, aun así, seguiríamos escuchando ruidos que nos impiden caminar hacia esa interioridad tan anhelada. En mi opinión, preferimos hacer oídos sordos tanto a nuestros ruidos como a los de los demás. ¡Bastante tenemos ya con nuestros problemas como para preocuparnos del ruido de los demás! (Ese suele ser uno de los pensamientos generalizados).

Aun con todo, solo cuando exista esa comunión entre los hermanos, el ruido desaparecerá. ¿Cómo llegar al silencio si cada uno de nosotros no es capaz de ver el ruido del mundo?

La sociedad individualista en la que hoy día vivimos es consecuencia de la vida que llevamos. Así que, para llegar a esa «melodía espiritual», primero debemos ser capaces de apreciar e identificar cada uno de los ruidos que encontramos en nuestro día a día. Solo así, y en equipo, conseguiremos nuestro objetivo. El silencio y el recogimiento interno debe ser uno de los pilares más fuertes de nuestras vidas.

A muchos jóvenes (e incluso adultos), el silencio los incómoda y les hace sentirse nerviosos. La solución no consiste en inclinarse por la vía opuesta (la del ruido y el murmullo), sino en tratar de buscar la forma de estar sereno, tranquilo, relajado y feliz. Cada persona es diferente en su encuentro vivo con Dios. Las formas o mecanismos de llegar a Él pueden ser diversos, pero el silencio es pauta común para todos.

La rutina que marca nuestro día a día nos impide participar directamente de esa espiritualidad del alma. El mundo viene marcado por ese individualismo al que vengo refiriéndome desde el principio de este punto. Los horarios de los colegios, universidades y trabajos, nuestras obligaciones y deberes cotidianos, los millones de actos sociales que tenemos al cabo del año... Todo empuja a ese vacío, a esa soledad curiosamente llena de ruidos. Cualquier excusa es buena para evitar ese encuentro con uno mismo y con Dios.

Debemos ser capaces de echar el «freno de mano» a nuestra vidas y darnos el privilegio y la oportunidad de conocernos y mostrarnos tal y como somos, sin miedo a que me juzguen o califiquen. Solo cuando seamos capaces de conocernos (en nuestros puntos fuertes y débiles), estaremos preparados para escuchar a Dios y entablar con Él ese diálogo de hijo-Padre/Padre-hijo.

Es muy habitual utilizar hoy en día la música para todo cuanto hacemos (de nuevo, otra práctica social y generalizada de individualismo): para estudiar o trabajar, música clásica o relajante; para salir a hacer deporte, música motivadora; para vestirme cuando voy a salir, música de fiesta; cuando estoy triste, música sentimental... Y así podría seguir durante un largo rato. La cuestión es ocupar nuestra mente con música. Si nuestra mente está ocupada, no pasará por el corazón; y, si no pasa por el corazón, no llegará a esa interioridad de la que tanto hablamos.

Personalmente, y como parte de esta familia agustina recoleta, prefiero apagar esa música «social» y bailar a los ritmos que marque Dios. Sus bailes son perfectos para mi vida. Desconozco cómo se las apaña, pero es un experto bailarín y siempre consigue agarrarme con seguridad para que no caiga en mis torpes pasos bailarines.

Es trabajo de todos convertir esos ruidos (disfrazados de una dulce melodía) en verdadera música para nuestros oídos, alma y corazón.

6. El relativismo

Quizás este sea uno de los ruidos más sonoros y fuertes que habita en nuestro día a día (pero que, sin embargo, se va colando sigilosamente en nuestras vidas). Vivimos en una sociedad en donde hay tantas verdades como personas. El verdadero problema es que muchas veces, especialmente los jóvenes, tendemos a confundir opinión con verdad. En lo que a Dios y moral respecta, todo (absolutamente todo) es posible en este momento.

En relación a esta idea, recuerdo con cariño una frase de una famosa película sobre un chico y un tigre (*La vida de Pi*). El padre del joven solía decirle (ante las inquietudes de este por buscar el sentido de su fe) que creer en muchas cosas significa no creer en nada. El riesgo de este relativismo podría dar lugar a un inconsciente agnosticismo; es decir, la puesta en duda de la capacidad del ser humano de conocer la verdad objetiva.

El relativismo opta por un pensamiento demasiado simple y sencillo para un «inquieto de corazón»: «Todo depende de cada individuo o de cada situación». Esta forma de pensar conlleva, a su vez, un segundo riesgo: «Esto está bien o mal porque yo lo decido. Por tanto, soy yo quien determina lo que hay que hacer o no según cada situación». De la mano del relativismo desaparece cualquier posible principio moral y religioso.

Como joven me pregunto: si todo es verdad conforme a nuestra opinión, ¿cómo llegar alguna vez a esa verdad absoluta? Las opiniones y las circunstancias de la vida son cambiantes y difieren según el momento. No podemos dejarnos llevar por una fe débil e inmadura (sujeta a las circunstancias de tiempo y lugar), que cambien según el parecer de cada uno. Necesitamos de una fe fuerte, madura y responsable, sólida, capaz de superar cualquier indicio de relativismo.

El relativismo es fiel compañero del individualismo al que anteriormente nos referíamos (lo justifica y le allana el camino). Nos empuja a un mundo donde los principios, valores e ideales (tanto cristianos, como humanos y sociales) deben ser cultivados conforme a las circunstancias de cada persona, evitando así una aplicación generalizada.

Ante esta situación, ¿qué podemos hacer? Basta con ser testimonio vivo de la Verdad mediante nuestras vidas (tomando como pilar la persona de Jesucristo). Para llevar a buen puerto este fin, es necesario fomentar previamente esa relación continua con Cristo. Solo así conseguiremos presentarlo al mundo.

Ahora bien, ser un fiel cristiano (especialmente desde la juventud) frente a la incomprensión de un mundo relativista no es fácil. El hecho de ser joven creyente, capaz de creer solo en una Verdad, rompe con los parámetros de la moda actual (la de «no creer en nada» o «creer en todo»). Esta situación nos convierte muchas

veces en blanco de risas o burlas por el simple hecho de querer seguir a Dios y amarlo con todo nuestro ser.

En esos momentos caben dos opciones:

- Continuar amando a Dios bajo la mirada atónita de la incomprensión de quienes nos rodean.
- Unirnos a las risas de quienes dañaron nuestra esencia.

Como joven cristiana, opto por la primera solución. Sé que es la más difícil y complicada. Seguramente, la que me produzca más dolor y lágrimas. Pero amo a Dios y nunca renunciaría a ese sentimiento auténtico, puro y sincero.

Es verdad que, en la actualidad, muchas personas (tanto jóvenes como adultos) no creen en Dios ni en su razón de ser. Pero, por otro lado, hay muchos jóvenes, laicos y religiosos/as, enamorados de Dios y «haciendo lío» por donde quiera que van (un lío lleno de fe, amor y esperanza).

Personalmente (y no resulta nada fácil), opto por esta tendencia del «lío» del amor incondicional. Esa tendencia que nunca pasa de moda y que no se agota como bien fungible o consumible. Por ello invito a volver al corazón y a despojarse de cualquier indicio de relativismo que pueda oprimir el corazón humano, para poder así avanzar por la pasarela de la verdad absoluta.

Se está perdiendo la inquietud por la búsqueda, la ilusión por ese caminar, la intriga por saber más y más de quien dio su vida por todos y cada uno de nosotros. El mundo necesita de «soñadores de la fe», de «curiosos del amor de Dios», de «magos capaces de desprender luz por donde quiera que pasan», de «aventureros dispuestos a todo». El mundo, joven cristiano, necesita de ti (y de esa alegría que te caracteriza, de esa «locura sana» capaz de moverlo). ¿Te subes al tren de vida?

7. La comodidad

De la mano del ruido aparece la comodidad (ambos suelen ir siempre unidos). En la actualidad, se tiende a no creer en nada. Creer conlleva buscar y buscar conlleva trabajar. Para muchos jóvenes es más sencillo descansar y dejar pasar el tiempo. Las cosas son porque son y no tienen un por qué ni un para qué (tremendo error pensar así). Una frase de creación propia que me encanta y que digo por donde quiera que voy es que «las cosas no ocurren por casualidad, sino por diosalidad».

Os invito, desde estas sencillas líneas, a cerrar vuestros ojos por un momento e intentar apreciar la grandeza de vuestras vidas. Dios está con cada uno de nosotros en todo momento. Solo hemos de tenderle nuestra mano (su mano lleva

tendida desde siempre, esperando únicamente que alguien la apriete con fuerza; ese alguien eres tú).

Es cierto que lo normal entre muchos jóvenes es no creer y disfrutar del momento, sin preocupaciones, sin intereses y sin inquietudes. Lo que verdaderamente importa es la diversión y el placer del momento. De esta forma, colocamos a Dios en un segundo plano (o tercero, cuarto, quinto...).

En numerosos momentos de nuestra vida, optamos por la llamada «fe de supermercado», en donde voy escogiendo los «productos» según mi conveniencia. El peligro de esta fe es que, a su vez, convertimos a Dios en un «bien consumible», del cual puedo disponer cuándo/cómo y del modo que yo quiera.

Sin embargo, esa moda es efímera (como tantas otras). La moda que Dios pretende implantar en nuestro corazón (mediante el instrumento de la interioridad) es una moda fuerte y que dura toda la vida, por siempre. Es una moda que conlleva una magia especial, capaz de llamar la atención de todos aquellos que nos rodean. Cuando los demás puedan ver en nosotros esa alegría por ser y sentirnos hijos de Dios, seguramente se unirán a este estilo de vida.

El mundo de ruidos en el que vivimos y del que formamos parte, supone grandes daños y de incalculable valor en la vida de los cristianos (como por ejemplo, la pérdida de la capacidad para interiorizar).

Ahora bien, para ser capaces de sentir esa experiencia viva de fe y de encuentro, es necesario tener siempre presente la Palabra de Dios. Para buscar esa interioridad de la que tanto hablamos, no es suficiente ir a misa cada domingo o cada día de precepto; no basta con santiguarnos o arrodillarnos ante la mirada de los otros; no vale con leer un padrenuestro al acostarnos y levantarnos. Hace falta mucho más:

- Sentir en nuestro corazón el latido fuerte de la Palabra de Dios y llevarla a nuestras vidas.
- Amar aquello que habita en tu corazón. Así de sencillo y de complejo.

8. La superficialidad (en lo que a nuestra fe se refiere)

En la sociedad del ruido todo vale y está permitido. No existen límites. Ir a misa y escuchar la Palabra de Dios mientras estoy pensando qué tengo que hacer mañana, recitar una oración como si quisiera demostrarle al mundo la gran memoria que tengo, levantarme del banco para ir a comulgar cuando en mi corazón no he sido capaz de perdonarme a mí mismo, celebrar la eucaristía mirando continuamente el reloj para ver cuánto queda para terminar...

No sé si os habrá pasado alguna vez (humanamente imagino que sí), pero a veces uno mismo es consciente de dónde está el error que hay que subsanar e, incluso así, no hacemos nada por enmendarlo. Vamos a la eucaristía cada domingo, cantamos, escuchamos las lecturas, atendemos a la homilía del sacerdote (a veces hasta caemos en el error de decir «este me gusta más y este menos»), profesamos solemnemente nuestra fe, comulgamos... Pero, cuando salimos a la calle, ¿salimos renovados y emprendemos una nueva vida?

A veces nos preocupa más qué canciones cantar y si son animadas o no, y se nos olvida cantar con el alma y el corazón; escuchamos las lecturas, pero no escuchamos lo que Dios quiere decirnos; respondemos fuerte y de forma segura al sacerdote que preside la celebración, aunque se nos olvida ser fiel reflejo de alabanza; comulgamos, mas somos incapaces de sentir a Dios dentro de nuestro ser. ¿Debemos seguir así?

Como joven cristiana no quiero vivir mi fe sin ese encuentro con Dios. Para mí, personalmente, todo gira en torno a Él y es precisamente en Él donde encuentro luz y esperanza. Cada eucaristía debe ser un momento único, motivo de una verdadera fiesta en nuestro interior.

La eucaristía está llena de grandes momentos y gestos, pero para Dios lo más importante es que, en ese preciso momento (así como en tu día a día), seas capaz de fomentar ese encuentro contigo mismo y con Él. Para Él, que cantes mejor o que desafines no es importante; que vayas más o menos elegante resulta irrelevante; que leas mejor o peor que otro es una tontería. Simplemente quiere encontrarse contigo, tal cual eres, con tus debilidades y con tus fortalezas.

La fe sin interioridad es una fe débil, sin sentido. La práctica debe ir acompañada por el sentimiento.

Un ejemplo muy sencillo que puede ayudarnos a entender esto es el siguiente. Pensemos en una pareja de novios que se aman mucho. Ambos desean, con cierto nerviosismo e ilusión, que llegue el día de su cita para poder verse y sencillamente estar juntos. En muchas ocasiones las palabras son innecesarias; basta con saber que la otra persona está ahí.

Algo similar ocurre en nuestra relación con Dios. Él está completamente enamorado de nosotros y vive con el deseo continuo de ese encuentro interno. No necesita que le digamos nada. Tan solo desea abrazarnos y que podamos ser capaces de sentir que está ahí, junto a nosotros.

9. A pesar de todo, es posible

Seguramente fuera de estos seis ruidos que he reseñado como principales en la vida de todo joven cristiano existen muchísimos más. Tratar de buscar ese silencio en uno mismo que fomente el encuentro vivo con Dios, como ya he mencionado anteriormente, no resulta fácil, pero siempre es posible.

Muchos jóvenes, más o menos de mi edad, me plantean en numerosas ocasiones la imposibilidad de dar vida a ese encuentro con Dios, porque no saben cómo hacerlo ni cómo aprender a hacerlo. Suelo responder: «¿Te enseñaron a amar? No, sin embargo amas. Entonces, ¿de qué tienes miedo? Dios solo quiere que te dejes amar por Él y Él te aseguro que te ama». La expresión «aprender a hablar con Dios» no existe. El encuentro con el Padre no es algo que se aprende, sino que se siente.

Otro ejemplo sencillo para explicar este punto sería el siguiente. Cuando nacemos y somos pequeñitos, nadie nos enseña a amar y a demostrar ese amor. Vamos experimentando en nuestro ser ese sentimiento y la necesidad de exteriorizar lo que internamente sentimos. En ocasiones una sencilla sonrisa, una dulce mirada o un simple abrazo a un padre/madre es más que suficiente para que se sienta amado. El colegio para aprender a entablar esa comunicación entre hijo-padre/padre-hijo no existe. Es algo que surge de forma espontánea. Hasta que un día (y sin apenas darte cuenta), terminas dando vida a un diálogo fluido y natural con aquellos que te dieron la vida.

Exactamente lo mismo ocurre en nuestra relación con Dios. Nadie puede enseñarnos la fórmula mágica para interiorizar. Es algo que cada uno de nosotros debe experimentar por sí mismo a través del amor incondicional. Tómate tu tiempo, busca ese silencio, escúchate y escucha. Los caminos de la interioridad y la contemplación son toda una aventura llena de grandes momentos.

En cierta ocasión me dijo un religioso agustino recoleto que la oración más hermosa consiste en llevar a Dios en todo cuando haces. Pues bien, curiosamente muchas veces oramos sin saberlo. ¿No es eso algo hermoso? Hemos de caer en la cuenta de que no debemos tanto buscar el momento, cuanto darnos cuenta de que vivimos el momento, que es bien distinto.

Por contraposición a lo que muchos puedan pensar, la contemplación no se circunscribe al silencio rotundo. Lo trasciende. Es capaz incluso de hacerse presente en los momentos de mayor ruido o escándalo (de ahí el motivo del título de este artículo). Basta con abrir tu corazón a ese encuentro vivo. A partir de ahí nada es imposible para Dios y todo es posible en vuestro amor.

Sin embargo, hay muchos jóvenes cristianos que no han tenido aún la suerte de experimentar esa necesidad de oración y tampoco saben cómo hacer para dar

vida a esa interioridad. Ante esta situación, cabe preguntarse qué podemos hacer nosotros como jóvenes cristianos. La respuesta a esta pregunta nos la ofrece el propio papa Francisco, quien dijo a los jóvenes cristianos en la JMJ de Río:

¿A dónde nos envía Jesús? No hay fronteras, no hay límites. Nos envía a todos. El Evangelio no es para algunos, sino para todos. No es solo para los que nos parecen más cercanos, más receptivos, más acogedores. Es para todos. No tengan miedo a llevar a Cristo a cualquier ambiente, hasta a las periferias existenciales, también a quien parece más lejano, más indiferente. El Señor busca a todos, quiere que todos sientan el calor de su misericordia, de su amor.

Como jóvenes cristianos en búsqueda de esa continua interioridad, os invito a valorar la oportunidad que se nos brinda de mostrar a quienes nos rodean los caminos y pasos firmes para vivir a fondo nuestra espiritualidad. La interioridad y la contemplación no son otra cosa que la oración ininterrumpida del alma. Y eso es algo que tú, desde tu simple querer, puedes conseguir sin problemas, créeme.

Para una interioridad auténtica y fiel, debemos ser capaces de sentir la presencia de Dios a través de las cosas más cotidianas. Si conseguimos este objetivo, será justo ahí donde comience nuestra primera experiencia de contemplación y oración.

En este trabajo del alma es necesaria la presencia del Espíritu Santo (encargado de mostrarnos la necesidad de abrir la puerta de nuestro corazón a esa interioridad espiritual). Muchas veces, ante nuestros miedos y la tentación de huir de nosotros mismos, el Espíritu decide darnos ese pequeño empujoncito hacia nuestro corazón. Una vez dentro de ti, te tornas el verdadero y único protagonista de tu amor por Dios.

10. Palabras finales

Quisiera terminar este, que podría considerarse un monólogo interior, pidiendo disculpas si no supe expresar con palabras lo que siento en lo más profundo de mi ser. A veces resulta complicado encontrar las palabras idóneas o el recurso lingüístico exacto. Aún así, espero haber conseguido llegar (aunque solo sea un poquito) a cada uno de vuestros corazones. Y haberos hecho pensar con ellos.

Agradezco vuestro tiempo y dedicación, pues no debe ser nada fácil leer tantos folios sobre la interioridad de la mano de una simple joven cristiana (a la que aún le queda muchísimo por vivir, experimentar y aprender). Gracias de corazón.

A modo de invitación, añado que una servidora (desde su imperfección y pequeñez) quiere amar a Dios en todo cuanto hace en su vida, por insignificante que pueda parecer. Y tú, querido lector, ¿te animas a enamorarte locamente de Dios?

¡Lo sabía! ¡Sabía que dirías que sí!

María Isabel GARCÍA MORENO
Juventudes Agustinas Recoletas
Granada

Resumen

El ruido ambiental de nuestra sociedad tiene su correlato en el ruido interior del cada persona. Los adolescentes y los jóvenes son fiel reflejo de esta realidad. Por ello, la autora de esta reflexión, joven como ellos, sondea en algunas de las manifestaciones de dicho ruido ambiental que parece absorber la atención de las nuevas generaciones y lanza el reto de que, a pesar de todo, es posible que los jóvenes también vivan el don de la interioridad.

Abstract

The environmental noise of our society is correlated with the interior noise of each person. Adolescents and young people are true reflection of this reality. Therefore, the author, young just like them, checks out some manifestations of the environmental noise that seem to absorb the attention of new generations and launches the challenge that, despite everything, it is possible for young people to live the gift of interiority as well.